

VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO

WIGETTA

EN EL INFIERNO



VEGETTA777

WILLYREX

UNIVERSO

WIGETTA

EN EL INFIERNO



m̄r

© Willyrex, 2020

© Vegetta777, 2020

Redacción y versión final del texto: José Manuel Lechado, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y cubierta, 2020

© Pablo Velarde, por los bocetos, la línea, el color y la creación de personajes secundarios, 2020

Diseño de interiores y coordinación de ilustración: Rudesindo de la Fuente

ISBN: 978-84-270-4748-8

Depósito legal: B. 17.879-2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

- 8 Las bayas del más acá
- 26 La poción de Remedios
- 50 Las apariencias engañan
- 66 El cielo puede esperar
- 92 El maestro
- 114 Un descenso relámpago
- 134 A la fuga
- 158 Persecución infernal
- 180 El árbol misterioso
- 198 El ratón y el gato
- 220 En el umbral
- 242 Una amenaza incierta



LAS BAYAS DEL MÁS ACÁ

Todo estaba tranquilo en Pueblo. El tiempo de las aventuras y los peligros parecía haber pasado para siempre. Willy y Vegetta eran conocidos en medio mundo y no abundaban los malvados que quisieran arriesgarse a enfrentarse a ellos. Y menos

aún en su propio terreno. Las viejas torres de vigilancia, que se construyeron en tiempos antiguos para evitar ataques por sorpresa, carecían ahora de utilidad real. Algunas eran monumentos que visitaban los turistas; otras se habían transformado en edificios de uso público donde los habitantes de Pueblo se reunían para ver películas, jugar a videojuegos o leer libros.



Sí, todo estaba muy tranquilo. Demasiado quizás, y desde hacía demasiado tiempo. Al menos según el punto de vista de dos personajes que conocemos muy bien:

—**Nos vamos a meter en un lío, Trotuman**

—advirtió la mascota de Vegetta a su viejo amigo, sin dejar de acompañarle en sus travesuras.

«**Travesuras**», esta era la palabra clave. La paz en Pueblo habría sido completa y perfecta de no ser por las andanzas de Trotuman y Vakypandy. Al parecer, tanto tiempo sin correr aventuras había llevado a ambas a meterse en líos cada dos por tres. Todo para desesperación de Vegetta y Willy, que no aspiraban a otra cosa que a disfrutar de ese momento



de descanso que estaban viviendo. Sin embargo, las advertencias al respecto y alguna que otra riña no servían de nada. Las dos mascotas estaban dispuestas a lo que fuera con tal de entretenerse. Y la aparente prudencia de Vakypandy... Pues eso: solo apariencia.

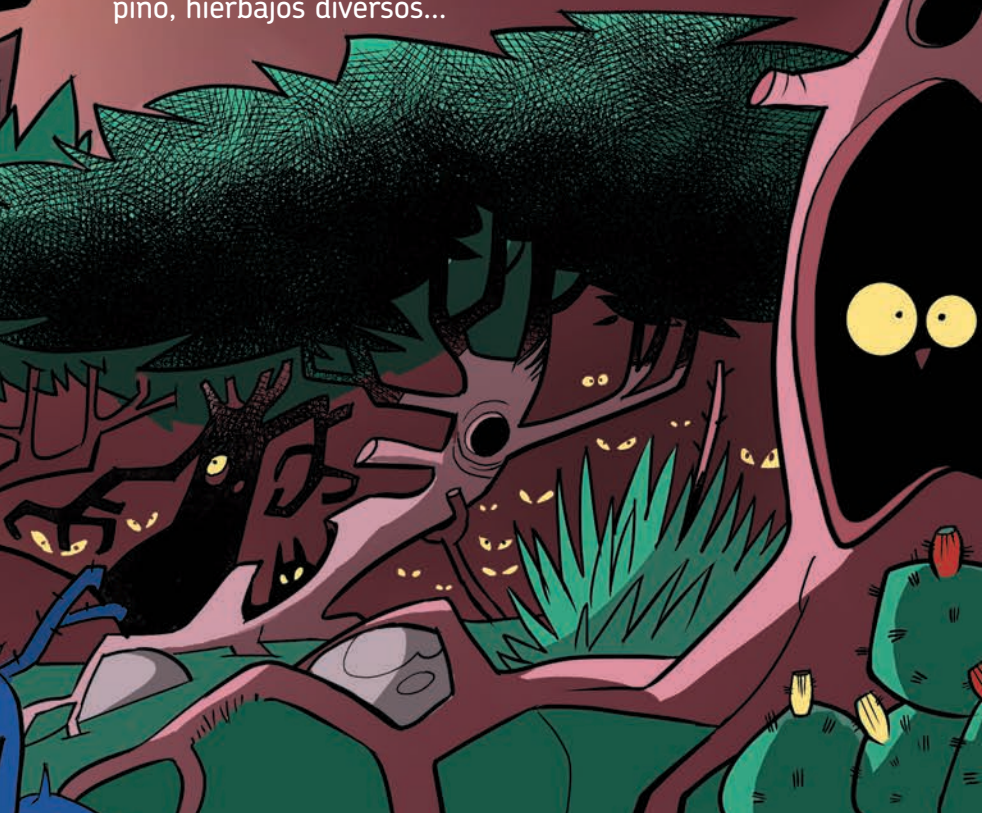
**—Venga,
esto va a estar genial**

—le respondió Trotuman, sonriendo—.

El Jardín de los Misterios. No hay nada parecido en Pueblo.



La verdad es que ese misterioso jardín no se encontraba en el propio Pueblo, sino bastante a las afueras, cerca de una de las torres abandonadas. Era un lugar muy curioso, objeto de los más diversos comentarios. Nadie conocía el origen de lo que, en realidad, tenía todo el aspecto de ser un simple parque abandonado: grandes árboles que crecían con las formas más extrañas y caprichosas; entre medias, arbustos de apariencia grotesca, incluso amenazadora, cubiertos de espinas, con flores de un colorido poco corriente... Aunque lo peor eran las praderas. En lugar de un bonito césped verde, solo había hojas secas, montones de agujas de pino, hierbajos diversos...



Algunos vecinos contaban que el Jardín de los Misterios fue plantado por un brujo en tiempos antiguos. Otros decían que a veces se escuchaban ruidos extraños en medio de la maleza e, incluso, que se veían luces de origen desconocido por la noche. Todo habladurías, porque en cuanto se trataba en serio el tema nadie había visto nada ni escuchado nada... en persona. Siempre era algo que había vivido una amiga, un cuñado, el tío de una prima... Lo cierto es que solo era un jardín abandonado en medio del campo y el mayor peligro que escondía era el de enredarse en alguna telaraña.

Aunque fenómenos extraños sí que había habido en Pueblo durante los últimos tiempos. Muebles que cambiaban de sitio; paquetes y cartas que llegaban a la dirección equivocada; dulces que, al probarlos, sabían salados... En todos los casos se sabía o al menos se sospechaba que detrás de estos misterios se encontraba siempre la misma causa: Trotuman y Vakypandy.

Sus travesuras, pequeñas al principio, iban a más. Siempre sin malicia, pero en algunos casos las bromas habían molestado más de la cuenta a algún que otro vecino. Como a la señora a la que cambiaron su elegante sombrero de plumas por una gorra de béisbol. La buena mujer, enfadada, les había gritado:

—¡Acabaréis en el infierno,
gamberretes!



Pero nadie presta atención a amenazas así, ¿verdad? Pues más les habría valido tenerlo en cuenta a las dos mascotas aquella mañana en la que la tranquilidad de Pueblo (y la de Willy y Vegetta, sobre todo) se iba a ir a paseo en el mismo instante en el que Trotuman y Vakypandy decidieron acceder al jardín. Desde fuera parecía una pequeña selva rodeada por una alta reja de hierro forjado.

—Qué curioso, Trotu. ¿Te has fijado en esta reja?

—Se parece a las que hace Herruando en su taller.

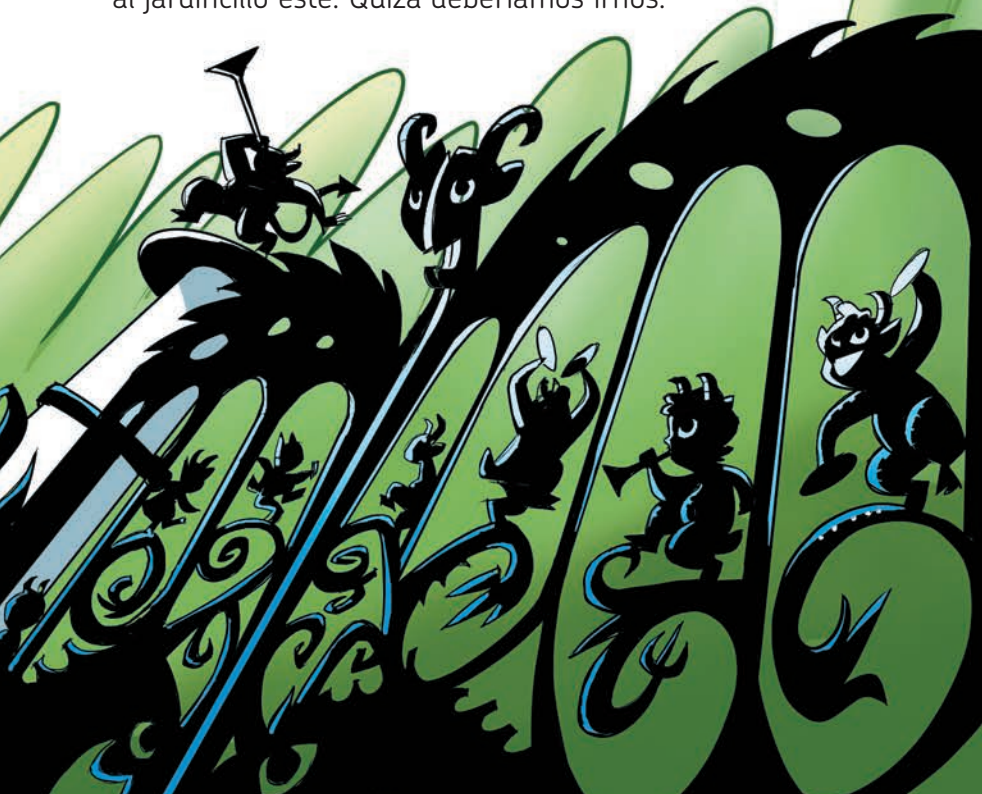
—Sí, pero esto no lo ha hecho él, seguro. Es demasiado antigua. Y fíjate qué adornos más peculiares.

En efecto, no solo la puerta, sino toda la reja parecía haber sido hecha por un herrero muy hábil, pero también muy retorcido.

—**¡SON DEMONIOS!**

—exclamó Trotuman, al mirar más de cerca.

—Sí, demonios gorditos... La verdad es que le pega al jardincillo este. Quizá deberíamos irnos.



—¡BAH,
no seas miedosa!

—respondió la tortuga, empujando la puerta de hierro. Estaba un poco atascada por el óxido, pero enseguida cedió al esfuerzo de Trotuman emitiendo un chirrido como los de las pelis de miedo.

—¡Se abre,
es genial, Vaky!

—exclamó, entusiasmado.

—Sí, pero vaya ruido que hace... Aquí da miedo todo

—dijo Vakypandy sin ocultar que, en el fondo, se lo estaba pasando bien.

El portón daba acceso a una especie de avenida principal con el suelo cubierto de grandes baldosas de piedra. En todas ellas se veía la talla de un pequeño demonio de formas regordetas, como los de la reja. ¡Y no había dos iguales!

—Este suelo... Ten cuidado, Vaky —advirtió Trotuman—, parece un poco

inestaaAAAGGGGHHHHH...

«Inestable» era la palabra, pero no pudo terminarla.

Apenas había avanzado unos pasos por el camino cuando una de las losas se partió bajo su peso.

Trotuman sintió que caía al vacío mientras Vaky acudía a ayudarlo tan rápida como fue capaz. Por suerte, Trotuman no llegó a introducirse por completo en el agujero que se acababa de abrirse bajo sus pies.